

por estas palabras de Isaac: *Hágate Dios poseer la tierra en que vives como extranjero, y que prometió á tu abuelo.* (1) Pero ninguno sabia que él fuese su dueño, ninguna ciudad lo reconocia, ninguna aldea obedecia sus órdenes. Estaba en medio de su reino como extranjero; vivia entre hombres que le pertenecian, incógnito y empleado en servirlos. Todo se niega á Jacob, y todo le pertenece; el heredero de las promesas no tiene donde descansar su cabeza. Así fue tratado Jesucristo. Todas las naciones le estaban prometidas, el universo era su hechura; todo el mundo era su imperio; sin embargo, vivió no solo sin brillo y sin autoridad, mas sin hallar un asilo. Estaba en el mundo, el mundo habia sido hecho por él; y este mundo no lo conoció. Vino á su casa, y los suyos no lo recibieron; las raposas tienen sus guaridas, y los pájaros sus nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde apoyar la cabeza. ¿Por qué Dios estableció una escala de comunicacion entre el cielo y la tierra en favor de Jacob? ¿Por qué la llenó de sus ángeles ocupados exclusivamente en adquirir y llevar noticias tuyas? Dios mismo apoyado sobre el primer escalon, parece haber olvidado al mundo entero por atender á este hombre solo. Cualquiera verá en esto la imágen del justo por excelencia, que habiéndose abatido hasta nuestra carne, no se apartó del seno de su Padre, ántes bien se hizo el vínculo de union entre el cielo y la tierra, el reconciliador de Dios con los hombres, el mediador que está en lo inferior de la escala misteriosa, porque se halla tan bajo como nosotros, y en lo mas elevado de la misma porque es consubstancial con su Padre. Los ángeles suben y bajan sobre su cabeza, como él lo dijo aplicándose esta figura: *En verdad, en verdad, os digo, que vereis el cielo abierto, y á los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre.* (2) En su sueño, es decir, en su muerte, es el objeto único de la atencion de Dios que no ve á los hombres sino en él. En su pobreza y en su desnudez es la fuente de todas nuestras bendiciones; y al tiempo que parece abatido á un grado inferior á los ángeles, es su Señor, y todos están dedicados á servirle como ministros suyos. Toda la serie de la vida de Jacob está llena de circunstancias igualmente misteriosas y dignas de ser meditadas.

IX.^a REGLA.

El lenguaje del Espíritu Santo es algunas veces tan inteligible, que la menor reflexion basta para comprenderlo, lo cual sucede cuando todas las circunstancias de una historia se refieren tan claramente á Jesucristo, que no se puede dudar que el designio de Dios ha sido hacerlas servir para representar los misterios de su Hijo, y su conducta con su Iglesia. Este concurso de circunstancias forma una pintura perfecta; y se debe establecer por regla segura que entónces no es el espíritu humano el que inventa relaciones entre la figura y la verdad, sino que el Espíritu que ha dic-

(1) *Gen. xxviii. 4.—(2) Joan. i. 51.*

tado las Escrituras, hace sentir que el Antiguo Testamento es el anuncio del Nuevo; y que Jesucristo se ha mostrado muy claramente en ciertos lugares para que nosotros lo busquemos en los demas. La historia de José (1) es de aquellas en que casi es mas visible Jesucristo que el precursor que lo anuncia. El es quien se acarrea el odio de sus hermanos, porque reprende sus vicios y porque su padre da un testimonio público á su virtud. El es quien busca á sus hermanos que pagan con aborrecimiento su amor. El es vendido por ellos, su túnica se empapa en sangre; pero sale vivo del sepulcro donde se le habia encerrado, y reina entre los gentiles á quienes su ingrata familia lo ha entregado. El es olvidado por sus hermanos injustos; pero Jacob, figura en esto de todos los santos patriarcas, llora su ausencia. Sus hermanos en fin, lo reconocen y le rinden homenaje; y el que era Salvador de Egipto viene á serlo tambien de Israel. ¿Qué cristiano podrá dejar de percibir tan admirable conformidad? ¿Y quién puede desconfiar de una semejanza que la Divina Providencia hizo tan perfecta? Lo mismo debe decirse de la que Dios puso entre el estado de los Israelitas en Egipto (2), y el de los cristianos en la presente vida; él ha querido que todas las circunstancias de lo que sucedió á los primeros, fuesen una figura, una prediccion y una prenda de lo que haria por los segundos. Los hijos de Israel están cautivos y gimen bajo la dura servidumbre del príncipe de este mundo y del Dios de este siglo que hace todos sus esfuerzos para detenerlos sujetos á trabajos vergonzosos y difíciles de tierra y lodo; á pesar de la nobleza de su origen y de las promesas de Dios que los llama á la libertad y al reino. Ellos sacrifican por la tarde el Cordero Pascual y sin mancha, (3) cuya carne comen sin quebrantar sus huesos; lo comen con lechugas amargas y pan sin levadura; en pie como peregrinos y extranjeros que ya no pertenecen á Egipto, y no aguardan mas que la dichosa señal de su salida; y no son preservados de la cólera del cielo y del ángel exterminador, sino por la virtud del Cordero sacrificado, cuya sangre tiñe los umbrales de sus puertas, y cuya carne comida les da fuerzas para caminar y les sirve de viático. La Iglesia por mil prodigios repetidos se libra de la opresion de Faraon que se anegó en las mismas aguas que salvaron á aquella; pero aunque canta el himno de su libertad sobre la ribera del mar Rojo, no ha llegado todavía á su término, y le falta aún que vencer una larga carrera y que pasar por muchas pruebas. Una nube misteriosa la cubre y dirige sus pasos en el desierto; todos sus hijos comen allí un mismo alimento espiritual, y todos beben el mismo licor espiritual; comen el pan del cielo, y beben el agua salida de la piedra espiritual, que es Jesucristo (4). La Cruz, representada por la serpiente de bronce (5), es su refugio contra las mordeduras de las serpientes que los rodean; en fin, ellos son introducidos en la tierra prometida por un libertador que lleva el nombre de Jesus, que en hebreo es lo mismo que el de Josué. Este Divino Libertador di-

(1) *Gen. xxxvii. et seqq.—(2) Exod. i. et seqq.—(3) Cor. v. 7. Joan. xix. 36. 1. Cor. v. 7. 8.—(4) 1. Cor. x. 3. et 4.—(5) Joan. iii. 14.*

vidirá por suerte la herencia á los que han combatido fielmente bajo sus órdenes, los que ya no necesitarán del maná, porque la nueva tierra les proporciona un nuevo alimento: Dios entónces se manifestará á ellos sin velo, y mantendrá una comunicacion la mas inmediata é íntima. Seria necesario carecer, no solamente de fe, sino tambien de razon y de equidad, para no reconocer el dedo de Dios en estas maravillas, de las cuales unas son imágenes de las otras. No se debe dudar de hacer aquí la aplicacion de la máxima general de San Pablo, que la historia de los Cristianos está pintada en la de los Judios, y que no ménos se lee en las Escrituras antiguas la relacion de sus sucesos que nuestra norma é instruccion: *Todas las cosas que les sucedian, dice el Apóstol, eran figuras y fueron escritas para servirnos de instruccion* (1).

X.^a REGLA.

A mas del principio general que sirve de luz á los fieles en la lectura del Antiguo Testamento, advierte en particular San Pablo (2), que la estructura del tabernáculo y de todo lo que servia á su ministerio, eran otros tantos bosquejos y copias de un original mas excelente; y que deben por eso considerarse con relacion al sublime modelo que Moises vió sobre el monte, y que no era mas que la economía del misterio de Jesucristo, Pontífice de los bienes futuros, único mediador entre Dios y los hombres, único digno de borrar los pecados por la efusion de su sangre, único capaz de entrar en el Santuario, que es el cielo, y de introducir consigo á los que esperan en él, y con quienes forma un solo cuerpo de que es cabeza. San Pablo en la epístola á los Hebreos, ha levantado el velo que nos ocultaba una parte de estas relaciones, pero ha dejado otra sobre el cuadro; y los que se han aprovechado de lo que él descubrió, procuran descubrir el resto siguiendo sus principios. Ellos lo alcanzan segun quiere Dios ilustrarlos: unos ven una cosa y otros otra; pero el principio establecido por San Pablo permanece firme, y la regla que nos ha dado, siempre cierta. El sacerdocio, el tabernáculo, las victimas, las ceremonias de la ley, representaban cosas divinas, *Todo esto servia á un culto* (3) *fundado en figuras y sombras de las cosas celestiales, como Dios dijo á Moises, cuando iba á levantar el tabernáculo: Mira y hazlo segun el modelo que te ha sido mostrado en el monte* (4). Se debe pues ir hasta la verdad, hasta el original, hasta los misterios del cielo, para entender lo que se lee en el Exodo, en el Levítico, y en muchos otros libros de la Escritura; y lejos de mirar este empeño como el trabajo de un hombre ocioso, ó como la ocupacion de un contemplativo que pretende utilizar inoportunamente sobre todo, debemos convencernos, que cualquiera que se detiene en sola la letra, resiste á la letra misma que nos ordena levantarnos mas alto, y nos pide ménos atención á lo que hizo Moises, que á lo que se le mostró sobre el monte. La Escritura

(1) 1. Cor. x. 11.—(2) Hebr. ix. 23 et x. 1.—(3) Hebr. viii. 5. et ix. 23. 24.—(4) Exod. xxv. 40.

ra compara las diferentes partes del tabernáculo al universo visible é invisible que ha sido sometido al imperio de Jesucristo. Ella quiere que se vea este mundo como el *vestíbulo* y *atrio* exterior del templo, abandonado todavía á las profanaciones de los infieles y de los impios. El segundo recinto que se llama *el Santo* corresponde al cielo de los bienaventurados, cuya entrada no está franca sino á los sacerdotes-reyes para ofrecer allí perpetuamente el incienso de sus oraciones y el perfume de sus alabanzas, sobre el altar de oro que está delante del trono de Dios. Por el *Santo de los Santos*, el Apóstol quiere hacernos concebir el lugar mas eminente del cielo, en que Dios ha pintado sus perfecciones con los colores mas vivos, y en que ha reunido todos los rasgos de su hermosura, de su poder y de su gloria. Este es aquel santuario cuyo arquitecto no es un hombre mortal, sino Dios mismo. Allí es donde el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, residen en toda su Magestad. Allí es donde con pleno dominio dispone del universo. Allí es el verdadero Santuario, donde como soberano Pontífice está establecido para siempre por un juramento irrevocable. Allí es el Santo de los Santos donde ha entrado, no como Aarón una vez al año en la obscuridad del humo producido por el incienso, y permaneciendo cerrado el velo, sino una vez para toda la eternidad, en el resplandor de su gloria, y dejando tras sí la entrada abierta á los fieles adoradores que lo siguen. Allí es donde ha llevado, no la sangre extraña de una víctima muda, sino su propia sangre; que presenta continuamente por nosotros, no delante de una arca ni de un propiciatorio, sino en la presencia de Dios, donde ejerce al descubierto y sin sombras el ministerio de un sacerdocio tan eterno como él mismo, y cuyas funciones él solo puede llenar dignamente, porque él solo es infinitamente agradable á Dios, solo la fuente de toda justicia, incapaz de alguna mancha, tierno para con los pecadores, accesible á sus ruegos, subsistente perpetuamente, y que no teniendo necesidad por sí mismo, es siempre escuchado en favor de los demas. Todas las ceremonias prescritas en el Levítico no eran útiles, sino mirándolas como figuras del gran sacrificio de la Cruz, que ha reunido en sí la diversidad de todas las observancias judaicas, y que pedia, á causa de su infinita excelencia y de sus diferentes efectos, ser representado por multiplicadas pinturas. Este es pues el gran sacrificio que debemos estudiar en el Levítico, el cual sin esto nos interesaria poco, pero que bajo este punto de vista se hace infinitamente importante.

XI.^a REGLA.

En el estudio del sentido profundo y misterioso que encierran las antiguas Escrituras, debe emplearse un espíritu equitativo, que no busque en medio de las obscuridades una evidencia que el Espíritu Santo no quiso poner en ellas. El lenguaje de los profetas dejaria de ser obscuro y misterioso, si constantemente presentara la luz de la evidencia. No debe pues pretenderse sujetar la aclaracion de estos misterios á demostraciones de que no son susceptibles. La autoridad de Jesucristo y de los apóstoles, el testi-

monio constante y unánime de la tradición, la analogía de la fe y la exactitud de las semejanzas, son las únicas pruebas que deben servir para justificar la verdad de las alegorías. El sentido alegórico no puede por sí mismo probar ningún dogma, ninguna verdad, ningún hecho; pero cuando este hecho, esta verdad, este dogma están por otra parte establecidos sobre pruebas ciertas, pueden bien ser el fundamento de una alegoría cuya verdad se justificará por la exactitud de las semejanzas.

No siempre estamos obligados á adoptar las interpretaciones de las personas ilustradas y piadosas, y que observan como deben la analogía de la fe de que habla San Pablo, es decir, una proporción justa entre sus descubrimientos y las verdades reveladas. Pero *da motivo á una conjetura favorable á estas interpretaciones, el que expliquen algunos lugares de la historia santa, ó alguna profecía con relación á Jesucristo ó á su Iglesia, de una manera sencilla, natural, fácil, en que todo se sostiene y se liga, todo depende de un solo desenlace, y todo se aclara sin trabajo, y sin necesidad de recurrir para cada incidente á una nueva respuesta.* Esta simplicidad y ligación son los grandes caracteres de la verdad. Se deben respetar las explicaciones donde se encuentran, y se puede establecer sin temeridad esta regla: que las explicaciones son ordinariamente verdaderas, cuando son muy verosímiles. La razón es, que por una parte la revelación misma nos enseña que Jesucristo es el fin de la ley, el cual está figurado en ella de mil maneras; y por otra, que es un principio de razón y buen sentido, que lo que descubre perfectamente las relaciones entre Jesucristo y su figura, es la interpretación de lo que la figura ocultaba. Es fácil percibir en la arca de Noé (1) todos los caracteres y privilegios de la Iglesia Cristiana. La necesidad de entrar y permanecer en ella hasta que el mundo sea juzgado, es no solo clara sino sensible. Cualquiera que no entra se anega; cualquiera que sale antes que las aguas bajen, es decir, antes que el siglo acabe, perece. Cuando Noé sale, todos los hombres están muertos y juzgados. La arca como la Iglesia es única. No hubo en tiempo de Noé fuera de esta embarcación cosa que no naufragase, ni persona que viviese. Ni barca, ni lancha, ni balsa, nada fue saludable. La destreza, la fuerza, la experiencia, todo fue inútil. Las montañas mas altas tuvieron la misma suerte que los valles; y la figura fue tan completa para quitar á los hereges y á los cismáticos toda esperanza de salud fuera de la arca verdadera, que admira cómo su temeridad no se ha contenido á vista de tal ejemplo y de tan terrible lección. La unidad interior de la Iglesia no podía representarse mejor que por la profunda paz en que vivieron los hombres y los animales: por la subordinación de todos á un primer pastor: por la correspondencia de los pastores de segundo orden con su gefe: por la exclusión de todas las distinciones, los animales estaban asociados á los privilegios de los hombres; los puros y los impuros, los bravos y los mansos, los

[1] Gen. vi. et seqq.

montaraces y los domésticos, los reptiles y los pájaros eran igualmente admitidos. Nada hay que pueda explicar mas claramente lo que dice San Pablo, que *en Jesucristo no hay esclavo ni libre, ni Escita ni bárbaro, ni Judío ni gentil* (1). La universalidad de la Iglesia que comprende á toda la tierra, estaba verdaderamente representada por el arca que contenía al mundo entero; su visibilidad, por el arca elevada entre el cielo y la tierra, como el solo objeto que entonces podía distinguirse; la sola cosa que debía desearse; á la que el naufragio del universo hacia mas ilustre, y la protección del cielo mostraba milagrosa, y que los gemidos de aquellos que la habian mostrado despreciado, y ya no podian ser recibidos en ella, recomendaban mas que las invitaciones de Noé al tiempo de fabricarla. Podria llevarse aun mas adelante el paralelo; pero pasemos á otro punto.

XII.^a REGLA.

Hay en la Escritura un cierto número de lugares muy propios para disipar la obscuridad que cubre á otros, y para mostrar á Jesucristo y al Evangelio sin designarlos de una manera distinta. Los principales son aquellos en que Dios desecha como inútil, y aun como odioso el culto exterior; ó en que cuenta como nada la cualidad de Israelita segun la carne, y da á la posteridad de Abraham los nombres de Generacion de Canaan y de pueblo de Sodoma; en que declara que no exige oblaciones ni sacrificios, sino solamente un corazón recto y unas manos puras; en que promete una morada eterna sobre el monte santo á todos los justos, sin exigir la circuncisión ni alguna alianza con la casa de Jacob ni alguna purificación legal. Estos lugares que son de infinita importancia y que es menester observar con cuidado, explican toda la ley, manifiestan que ella no es mas que una preparación y una esperanza de Jesucristo cuya gracia sola puede cambiar á los hombres; no habiendo otro medio capaz de convertirlos ni de reconciliarlos con Dios. Si quisieras sacrificios, dice David dirigiéndose al Señor, yo te los ofrecería; pero los holocaustos no te son agradables (2). ¿Con que derecho David, culpable de adulterio y asesinato, se atreve á dispensarse de ofrecer á Dios víctimas por la expiación de sus crímenes? (3) Un pecador nacido bajo la ley, y sujeto á todas sus observancias, ¿de dónde ha aprendido que los holocaustos no son agradables á Dios? ¿Con qué luz ha visto la impotencia de todos los sacrificios judaicos para la justificación y la necesidad de substituirles uno interior todo espiritual y evangélico? El espíritu afligido, dice, es el sacrificio que Dios pide: tú no despreciaras, ó

(1) Col. iii. 11.—(2) Ps. l. 18.—(3) No ignoro que en nuestros dias quieren algunos quitar á David este Salmo, en el sentido literal é inmediato, para aplicarlo á Israel, cautivo en Babilonia; pero lo quieren sin prueba contra el sentido comun de los padres y de los intérpretes; y ademas, Israel no tenia mas derecho que David en hablar como aqui se habla, si no se le hubiera revelado que aquellos sacrificios prescritos por la ley, debian algun dia ser abolidos. De modo, que la regla establecida aqui tiene siempre en estas palabras el mismo fundamento, ya sea que se atribuya á David, ya á Israel. (Nota de la antigua edicion.)

Dios, un corazón contrito y humillado (1). El Salmo XLIX. contiene la misma doctrina. Dios declara en él á los Judios que llevaban hasta el escrúpulo la exactitud en los sacrificios, que no es esta la materia que ocupará principalmente su atención cuando venga á juzgarlos, porque el verdadero objeto de su voluntad nunca ha sido la multitud de víctimas con que ellos creen agradaarle: *No te juzgaré yo por tus sacrificios; porque yo en todo tiempo atiende á otra cosa distinta de tus holocaustos* (2). Dios les hace sentir que lo injurian si creen aliviar sus necesidades con sus ofrendas, y pretenden darle lo que no tienen sino de su liberalidad. Yo no quiero recibir ni becerros de tu establo, ni machos de cabrío de tus rebaños.... *Si tuviere hambre, no te lo diré, porque todo el mundo y su plenitud es mio.* (3) Pero si Dios mira á los sacrificios de la ley como inútiles, y aun como injuriosos á su grandeza, á ménos que no tengan un fin mas sublime, ¿qué viene á ser toda la ley particular de los Judios, de la cual fue ministro Moisés? ¿Qué el sacerdocio de Aaron si los sacrificios se cuentan por nada? ¿Qué el tabernáculo, y el templo que les sucedió, si las víctimas y el sacerdocio destinado á ofrecerlas son inútiles? ¿Dónde están las fiestas de Israel? ¿Dónde el culto público? Todas las observancias legales quedan abolidas desde el punto en que Dios no quiere ni aun examinar si se guardan con fidelidad. Toda la confianza del Judío desaparece desde que su juez le quita todas las cosas en que la habia colocado. Estos pasages y muchos otros semejantes en que el Mesias ni aun se nombra, lo anuncian con tanta certeza como los que predicen su venida. Ellos enseñan que todo es inútil sin él; desengañan á los hombres de la falsa esperanza que pudieran tener en sí mismos ó en la ley. Descubren la falsa justicia, y prometen la del Evangelio. Esta regla no tiene excepcion; y ninguno se engañará viendo á Jesucristo en cualquiera parte en que la ley, sus sacrificios y ceremonias se califican de insuficientes.

XIII.^a REGLA.

Hay ciertas predicciones de los profetas, que por los mismos rasgos y las mismas palabras, significan sucesos muy diferentes, y á veces separados por largos intervalos de tiempo, de los cuales unos son la imagen y prenda de los otros; de modo que estas profecías despues de haber parecido cumplidas, se recuerdan en la Escritura, y principalmente en el Apocalipsis, como nuevas y pertenecientes á lo futuro. En estas es claro que el primer sentido que se les atribuye no es el único, pues es ya pasado; y que tienen otro segundo, pues no están del todo cumplidas. Algunas son fáciles de conocer, y otras están mas ligeramente indicadas; pero no dejará de penetrarlas un espíritu atento. Los ejemplos de esta clase son frecuentes. En el Salmo II, Dios declara á su Hijo que todos sus enemigos no serán sino frágiles vasos de tierra que se pondrán bajo un cetro de hierro, y que le será fácil

(1) Ps. I. 19.—(2) Ps. XLIX. 8.—(3) *Ibid.* v. 9. et seqq.

romperlos y reducirlos á polvo, sin que ellos puedan evitar el golpe ni restablecerse: *Los gobernarás con una vara de hierro, y los harás pedazos como vasos de lodo* (1). Jesucristo hizo sentir á los Judios los primeros golpes de su vara de hierro, destruyendo perpetuamente su sacerdocio y su gobierno, quemando su templo y su ciudad, haciendo venir ejércitos que mandaban los emperadores como ministros de Dios, para exterminar á los viñadores homicidas que habian creído poder mantenerse en la heredad usurpada matando al heredero. Los Césares, por el tiempo de tres siglos tomaron las medidas mas bien concertadas, dictaron los decretos mas eficaces, ejercieron las crueldades mas bárbaras para combatir el reino de Jesucristo; y todos perecieron miserablemente. En la última y mas cruel persecucion, cuatro príncipes por el espacio de diez años se ocuparon totalmente en extinguir el cristianismo. Convirtieron casi todo el imperio romano en una sangrienta carnicería. Volvieron contra los siervos de Dios y de su Cristo las armas de las legiones romanas destinadas á defender el estado, y se aplaudian ya de una victoria perfecta sobre enemigos que no oponian sino la fuga y la paciencia. Pero al tiempo mismo que se lisonjaban de haber acabado el Evangelio, y de haber llevado la idolatría al colmo del poder y de la gloria, Jesucristo rompió la espada de estos orgullosos señores del mundo. Exterminó en pocos años seis emperadores y Césares con toda su posteridad y con todos sus amigos. Diocleciano, Maximiano Herculeo, Maximiano Galerio, Maximino Daza, Maxencio y Licinio, desaparecieron de repente como ligero polvo; Satanás, que se habia colocado en los astros para hacerse adorar en ellos, fue precipitado como rayo; sus templos fueron arrasados, derribados sus altares, destrozadas ó fundidas sus estatuas; la idolatría vergonzosa y temblando fue desterrada del imperio romano, que por tan largo tiempo habia manchado, y obligada á ocultar en las cuevas sus infamias y ridículas supersticiones. Pero aun no bastaba esto para dar una completa reparacion al cetro de Jesucristo. Toda potestad que habia tenido la desgracia de combatirlo, debia ser exterminada. La espada de los emperadores, teñida con la sangre de los mártires, habia contraído una mancha que no podia lavarse sino por el buen uso que sus sucesores hicieron de ella; y el imperio romano estaba infamado con un anatema que lo condenaba á ser destrozado y destruido, *porque en medio de él se encontró la sangre de los profetas y de los santos* (2). La voz de esta sangre llamaba de todas partes á las naciones bárbaras para vengarla. Los Godos, los Vándalos, los Hunos, los Francos, los Sajones, los Lombardos, se apresuraron á competencia para prestarle su ministerio. Ellos derribaron el imperio romano hasta los cimientos, y borrarón hasta sus vestigios. Mas despues de este doble cumplimiento tan notable sobre los Judios y sobre los Romanos, el Apocalipsis repite todavía esta profecía del mismo Salmo, como no cumplida en uno ni otro caso; y nosotros vemos allí que el último uso que Jesu-

[1] Ps. II. 9.—[2] Apoc. XVII. 24.

cristo hará de este cetro de hierro contra los injustos, está reservado al fin del mundo: *Salía de su boca, dice el Apocalipsis hablando de Jesucristo, una espada de dos filos para herir á las naciones, porque él gobernará con un cetro de hierro, y él es el que pisa el lagar del vino del furor de la ira de Dios Todopoderoso.*

(1) Jesucristo comunicará este terrible privilegio á todos sus fieles siervos. „A cualquiera que habrá vencido y perseverado hasta el fin „en las obras que yo he mandado, le daré poder sobre las naciones. El las gobernará con un cetro de hierro, y ellas serán destrozadas como vasos de tierra, segun yo mismo he recibido este „poder de mi Padre.” (2)

XIV.^a REGLA.

No solamente algunas palabras sueltas son susceptibles de cumplirse con la separacion de largos intervalos en la serie de los siglos; lo son capítulos enteros, y á veces muchos capítulos juntos: *Las promesas hechas á los hijos de Israel y de Judá no han tenido mas que un cumplimiento muy imperfecto en el pueblo Judío antes de Jesucristo. Las mismas han recibido un cumplimiento, mas perfecto en el establecimiento de la Iglesia; y recibirán un tercero de mayor perfeccion en la conversion futura de los Judios; finalmente, ellas se verificarán una cuarta y última vez en la eternidad bienaventurada* (3). Estos son los cuatro puntos cardinales sobre que ruedan, por decirlo así, la mayor parte de las profecías. El primer punto reúne todo lo que dice relacion á la corteza de la Escritura. Los otros tres pertenecen á lo que forma el jugo interior de estos divinos libros, y nosotros somos levantados por grados á una diversidad de sentidos espirituales que hacen admirar las riquezas ocultas en los escritos proféticos. Se puede tambien decir que estas cuatro clases de interpretaciones son todas literales, porque la letra misma lleva á ellas y las exige. Las expresiones suelen tener una energía que no puede explicarse con exactitud sino en sentidos espirituales; y entre ellos hay algunos que convienen con mas naturalidad al texto, y que llenan mas perfectamente sus diversos rasgos. Es fácil hacer la experiencia: muy frecuentemente se encontrará una profecía que no pareciendo á primera vista anunciar sino el reinado de Ciro y el restablecimiento de los Judios despues del cautiverio de Babilonia, conviene mucho mejor al imperio espiritual de Jesucristo, y al establecimiento de la Iglesia, que muchos anuncios convienen todavía mejor á la futura vocacion de los Judios, y que por último, toda la magnificencia de las promesas no puede tener su cabal efecto sino en la eternidad. Así, bien léjos de que la letra de la Escritura puede explicarse con independencia de los sentidos espirituales, al

(1) *Apoc. xix. 15.*—(2) *Apoc. ii. 26. et seqq.*—(3) Esta regla se halla explicada en el *Discurso sobre las profecías*, colocado al fin del *Comentario sobre los doce profetas menores*, impreso en Paris en 1754, en cinco volúmenes en 12.^o y no hacemos sino repetir aquí lo que se dice en el *Discurso puesto al frente de la Biblia de Sacy*, en 1759.

contrario los reclama, y por lo comun unos despues de otros, haciendo ver que todos son necesarios para la perfecta verdad de la palabra de Dios. Mas en estos diversos órdenes de cumplimientos, sería error pretender aplicar todas las partes de la profecía á cada orden particular. Hay unos que son propios de un orden determinado, y otros de otro. La Sabiduría eterna que dictó las palabras de los profetas, tuvo presentes las revoluciones de los tiempos y las proporciones simétricas de sus propias obras; y considerando esta unidad de relaciones, ha hecho servir un mismo cuadro para pintar acontecimientos parecidos, aunque muy distantes. Sin embargo, una admirable variedad sirve como de adorno en medio de la unidad y de la semejanza; y la Sabiduría, que por decirlo así, arregla como jugando las obras de sus manos, ha querido que este duplicado mérito de sus obras se viese explicado en las profecías. De ahí viene que los profetas presenten de un golpe las semejanzas y las diferencias en los sucesos que anuncian. Las primeras se acreditan por los rasgos que sin dificultad se juntan en diversos sentidos: y las segundas por aquellos que acomodándose naturalmente á alguno de estos sentidos, se encuentran forzados respecto de los otros. La armonia de las profecías consiste, pues, en la conformidad de las semejanzas, sin excluir el contraste de las diferencias; advertencia que debe tenerse muy presente para no equivocarse en el concepto de ella. En cuanto es posible debe seguirse cada sentido en el texto; pero no hasta el extremo de violentarlo para buscar todos los sentidos en todas partes. La profecía de Joel ofrece una de las pruebas mas fuertes de esta verdad. Segun su letra visiblemente mira al reino de Judá afligido por enjambres de langostas de diferentes especies, que devoran los campos, y despues por un ejército numeroso y formidable que acaba de difundir por todas partes el estrago y la desolacion: despues de lo cual Dios promete restablecer la casa de Judá, y anuncia el estrépito de sus venganzas contra los enemigos de su pueblo. Pero la existencia de varios sentidos misteriosos cubiertos bajo el velo de la letra en esta profecía, se prueba por las expresiones mismas del profeta, por el testimonio formal de San Pedro, por el paralelo de la profecía de Joel con la de San Juan en el Apocalipsis, y por el sufragio unánime de la tradicion. Las expresiones del profeta son demasiado vivas y demasiado fuertes, sus ideas demasiado generales y demasiado extensas para limitarlas al primer sentido que presenta la letra. San Pedro nos descubre allí expresamente la efusion del Espíritu Santo despues de la Ascension de Jesucristo. Comparando las langostas de que habla San Juan con las que dice Joel, es fácil reconocer en este profeta las grandes revoluciones, que segun San Juan, deben preceder, acompañar y seguir la renovacion que Dios obrará algun dia en favor de su Iglesia por la conversion de los Judios. Los Santos Padres reconocen tambien en esta profecía el anuncio del terrible juicio que terminará la duracion de los siglos. Así la profecía de Joel, nos anuncia en la letra un primer sentido que puede conducirnos, si se quiere, al tiempo de Ezequias, ó segun otros al de Ciro;